

EL ÚLTIMO VIAJE DE MAQROLL EL GAVIERO

Esther Sáenz*
María Paula Muñoz*

Presentación

El presente trabajo es el resultado de un seminario sobre Álvaro Mutis realizado en el Departamento de Literatura durante el segundo semestre de 1996. Véase en detalle la totalidad de su obra, nos permitió verificar algunas hipótesis y desvirtuar algunos malentendidos que se tejen sobre su obra.

Como lo ha reiterado Mutis en varias oportunidades, no hay diferencia entre el mundo de su poesía y el de su prosa. En la segunda, se prolongan las mismas obsesiones que nutren su poesía: el deterioro, la desesperanza, el viaje, el exilio, la elusiva búsqueda de una trascendencia. Más aún, el elemento que aglutina sus "narraciones", Maqroll el Gaviero, había nacido muy temprano en su obra: *Oración de Maqroll el Gaviero*, que es un poema de 1953.

La palabra en Mutis es desbordante, crece, se expande, es excesiva, casi barroca. Como bien lo dijo Octavio Paz: rica sin ostentaciones. No es extraño, entonces, que esa palabra desborde el poema y busque la prosa con naturalidad. Ahí están, en sus primeros libros, esos textos de los que no se puede decir a ciencia cierta si son poesía o prosa: *El viaje, hastío de los peces, etc.*

Aparte de esta indiferenciación, muy moderna, entre prosa y poesía, hay que señalar su don narrativo, su capacidad para contar una historia que existe indudablemente en textos como *La muerte del estratega*, *La mansión de Araucaima* y en esos relatos extraordinarios que conforman *el diario de Lecumberri*.

Entonces no se puede decir, apresuradamente, que Mutis es mejor poeta que novelista, por la sencilla razón de que no pretende serlo. No pretende construir ese mundo polifórico que constituye la novela y que Bajtin ha precisado con suficiente claridad. Son "narraciones", como él también lo ha reiterado. Si vemos que Mutis logró crear un espacio, una geografía propia donde se vive intensamente la experiencia de la muerte, que a ese espacio le agregó una conciencia de la muerte, Maqroll el Gaviero, que fue creciendo a lo largo de su obra hasta volverse un

* Alumnas de la carrera de Literatura.

personaje autónomo, podremos entender claramente la razón de ser de sus “novelas”, la conexión entre su poesía y su prosa: Maqroll el Gaviero, espacialidad y conciencia.

El problema realmente es otro, y ésta fue nuestra conclusión que sometemos a la discusión académica. Hasta qué punto Mutis ha abusado del personaje, lo ha vuelto reiterativo, frívolo y sobre todo explícito, perdiendo esa intensidad que llegó a tener en *Caravansary* y *Los emisarios*. Mutis se encuentra atrapado en su propia creación. Dejó de ser un creador y se volvió un retórico, un imitador de sí mismo.

Un poco porque lo queremos mucho (a la manera de los admiradores de Glenda en el cuento de Cortázar) porque esperamos volver a ver al gran creador, pensamos en fabricar este espejo, este pastiche que puede ser una alternativa divertida de la crítica, como muy bien lo vio Cabrera Infante en sus *Tristes tigres*.

Con esa intención estimulé este trabajo de Esther y María Paula; todo el mérito es de ellas.

Luis Fernando Afanador

Para Luis Fernando, sin cuyo apego a la propia semejanza no hubiera visto la luz este relato

*I'm Nobody! Who are you?
Are you —Nobody— Too?
Then there's a pair of us!
Don't tell! they'd advertise - you know!*

*How dreary —to be— Somebody!
How public —like a Frog—
To tell one's name —the livelong June—
To an admiring Bog!*

Emily Dickinson, 288

No recuerdo bien los pormenores del asunto que llevó a Maqroll el Gaviero a Trípoli. Se trataba desde luego de una empresa algo turbia, relacionada con la Juicy Fruit Company, multinacional que servía de fachada a dudosos asuntos y comercios al margen de la ley. Lo cierto es que allí se encontró Maqroll en una de las situaciones más desesperadas de su ya accidentada vida.

Desembarcó Maqroll furtivamente un 30 de mayo, llevando en el bolsillo de la cazadora fatigada, cinco esmeraldas que logró sustraer de la carga de naranjas que trasportaba el *Britania*.

Trípoli, ciudad salina y húmeda, con calles de laberíntico diseño, semejante a tantas otras ciudades de puerto, escenario de toda suerte de tráficos e intercambios de diversa índole. Allí estaba él, con cinco esmeraldas en el bolsillo, y nada más. Nada: ni empleo, ni nombre, ni un lugar dónde llegar. Con lo único que podía contar era con ciertas convicciones que lo sostenían milagrosamente al borde del abismo: palabras tejidas aquí o recogidas allá, ya algo repetidas y desgastadas quizás pero con un poder capaz de recuperar cualquier instante, en un fugaz revés heroico de reconciliación con la vida. Esto bastaba para alejar provisoriamente el avance de la muerte, mediante el expediente de desafiarla y convocarla a la arena, para enfrentarla en singular combate. Con su credo silencioso susurrado *in-mente*, recorrió los callejones periféricos hasta dar con un anuncio que atrapó su atención: *Scotch*, rezaba, simplemente. El anhelo del Gaviero por el efecto astringente del líquido, lo hizo entrar en un ambiente inesperado y barroco, en donde lo asaltaron una multitud de aromas, dejándolo sumergido en un torbellino de emociones confusas. Se dejó caer sobre una de las sillas de la barra y ordenó ese prodigioso derivado de la malta que con tanta exquisitez desarrollaron y producen con regularidad británica los herederos de los celtas. Dos dedos de whisky centelleaban aún en su vaso, cuando el barman se inclinó sobre él y le susurró al oído:

— “Será mejor que se vaya”, en un francés mestizo y espeso.

Maqroll se quedó helado ante esta evidente intervención de los hados sobre su destino de plebeyo, y, perplejo ante el inesperado gesto del malayo que atendía anónimamente la barra de este anónimo bar, sólo se le ocurrió replicar:

— “¿Por qué habría de hacerlo?”.

— “Sé lo suficiente sobre usted, y no soy el único en este puerto que lo sabe”.

— “Amigo...”, quiso intervenir el Gaviero.

— “Eso no significa que quiera saber más. Será mejor que se marche ahora mismo”.

Maqroll levantó los ojos, que hasta ahora había mantenido fijos en los geométricos *icebergs* que flotaban, transparentes, en el líquido opalino.

— “¿Y dejar mi vaso sin vaciar? No me conoce usted tanto como cree, amigo. ¿Por qué habría de irme, cuando me encuentro tan a gusto?”

Esto último no era del todo cierto, pues la verdad es que Maqroll empezaba a cansarse del humo denso y fragante que lo envolvía, causándole un leve mareo, como un adormecimiento que le resultaba inoportuno. Sin contar con que el malayo empezaba a antojársele ligeramente amenazante; sus palabras, en las que viera la tutela infalible de los dioses, le parecían ahora injustificadas y excesivas, con un toque de malicia sospechoso, aún en esas latitudes.

La voz del malayo era, sin embargo, lo más parecido a un contacto humano que el Gaviero hubiera encontrado en mucho tiempo y por eso se esforzó en prolongar el diálogo con un interrogatorio que desde ya sabía inútil e infructuoso.

Sorpresivamente ingresó una cuadrilla de hombres con uniformes caqui, con decorativos basones negros colgados al cinto. El malayo se volteó y mirándolo a los ojos le dijo:

— “Déme lo que tenga, es mejor que no lleve nada encima. Lo que sea, estará mejor conmigo y no con usted”.

Maqroll lo miró a los ojos con una mezcla de admiración y desconcierto.

— “A usted no parece que vaya a servirle en este momento”, insistió el barman, paseando discretamente la mirada sobre el grupito de uniformados que se había dispersado por todo el local, incomodando visiblemente a los escasos clientes. Súbitamente la abultada figura que compartía el estrecho espacio del bar con el hombre se dio la vuelta y al Gaviero se le revelaron los ojos más asombrosos que hubiera visto en su vida. La mujer, a todas luces egipcia, tendió la mano hacia él con un gesto imperativo y el Gaviero se llevó la suya al bolsillo. Sacando el pequeño envoltorio que contenía las piedras, lo depositó en la palma tendida de la mujer en un gesto irreflexivo y espontáneo que parecía controlado por un poder ajeno a su voluntad. Su voz, igualmente sustraída a los dictados de la razón y la prudencia, declaró, al mismo tiempo:

— “No traigo documentos”.

Los cuatro ojos penetrantes del hombre y su compañera se fijaron en él. Al parecer, finalmente había conseguido sorprenderlos. El Gaviero, por su lado, pensaba en la conveniencia de la desaparición de unos papeles que sólo podían agravar las cosas, complicando la ya delicada situación en que se hallaba. Había en su pasado episodios que era preferible no recordar, y los documentos de identidad eran una forma de memoria pública que podría costarle muy caro.

— “Pero eso que usted tiene en la mano bien podría sacarme de este aprieto, ¿no lo cree?”, urgió el marino, acosado por la presencia pacífica pero apremiante de

los uniformados. El hombre tomó la envoltura y desatándola ágilmente observó su contenido. Esbozó una seña con la cabeza y la mujer se deslizó bajo la barra dedicándole una mirada altiva a Maqroll al pasar a su lado.

Siguiendo la suave caída de sus ropajes y el leve bamboleo de sus caderas, la vio acercarse a uno de los agentes de caqui, sin duda la cabeza de la cuadrilla. Toda la escena pareció congelarse ante los ojos del Gaviero, mientras la mujer daba inicio a una danza ambigua y sugerente alrededor del agente, evidentemente complaciente. No se podía oír lo que decían, pero esto era del todo irrelevante. A todas luces, la mujer había conseguido hechizar al individuo, distrayéndolo de ejercicio de su deber, haciendo uso de esa milenaria facultad de persuasión inherente a la condición femenina. Todos los presentes seguían la escena con mal disimulado interés, lo cual contribuía a aumentar la teatralidad del momento.

El Gaviero apenas respiraba cuando la pareja abandonó el bar al ritmo de los provocativos pasos de la egipcia. Segundos después de haber dejado el local, el hombre reapareció, mal recobrada la compostura, y con un gesto tan discreto como la situación lo permitía, indicó a sus hombres abandonar el lugar. Éstos lo hicieron sin apresuramiento, lamentando para sus adentros el dejar esa tibieza y las promesas que tan fácil y febrilmente se vendían al calor de unos tragos.

— “El asunto ese de los documentos no me gusta para nada. Me llaman Johnny Walker”, se presentó el malayo.

— “Mucho gusto... Marlow”, improvisó el Gaviero, casi sin titubear.

— “Del asunto podemos hablar más tarde. Por ahora, prefiero que se marche. No quiero problemas con las autoridades, y ese título le cabe a muchos uniformados por aquí. Ha tenido suerte. No es frecuente el encontrarse con cuadrillas tan amistosas como la de hace un momento. ¿Tiene algún tipo de alojamiento, un lugar dónde contactarlo?”.

— “No”, replicó el Gaviero tras una corta reflexión.

— “Puede quedarse donde la viuda de Cliquot. Ella no suele hacer problemas por nada, menos cuando hay pasta de por medio”.

Para esta altura, el malayo hablaba ya en un español dudoso, de origen inevocable, utopía babélica de puerto de mala muerte. Esta viuda de Cliquot no tardaría mucho en convertirse en la primera de una larga lista de mujeres atávicas y opulentas que acogerían al errante Gaviero bajo sus alas maternas. Sin saberlo, el Gaviero empezaba a hacerse uno con su destino.

— “Sinoah lo acompañará. Trate de no llamar la atención, vikingo; ah, y por favor, no intente el truco de Marlow con la viuda. Se le reiría en la cara. Yo sugeriría algo más convincente. Use la cara, para eso la tiene. ¿Por qué no “Mc” algo? Son buenos nombres. Sugieren un componente vagamente nórdico; pero esta raza de marinos y emigrantes pueden ser australianos o chipriotas y nadie conoce los rumbos que han tomado para llegar a donde están. Fíjese “Mc Donalds”, por ejemplo. Quién iba a pensar...”.

El Gaviero no tendría sin embargo, oportunidad de presentarse a la ya, para estas alturas, famosa viuda hasta dos días más tarde. Entretanto, tuvo tiempo de familiarizarse con todas las chicas que habitaban el Loto Azul, donde fue a hospedarse, siguiendo el oportuno consejo de Johnny Walker, y de reponerse de las muchas fatigas que habían azotado su cuerpo en los últimos meses. En el Loto Azul tuvo oportunidad de recomponerse un poco y de conocer a Yoko Ono, semejante al sueño de la reina, blanca como la nieve y envuelta en la noche de su cabello negro, Yoko Ono, tallada en marfil como una estatuilla, ósea y aperlada, Yoko y su alcaoba con olor a té y suaves especias...

En el Loto Azul, en esa habitación justamente, se dio el tiempo de ordenar pensamientos inconexos que lo asaltaron durante el azaroso viaje y la incierta llegada, e incluso transcribió con carmín de Yoko algunas máximas en los muros de alabastro del aposento de su anfitriona. Queda borrado para siempre, pero algunos ecos han llegado hasta mí y yo transcribo los siguientes, en fiel cumplimiento del deber que me he impuesto, de dar a conocer este pasaje de la vida del Gaviero, oculto hasta ahora en la bruma con que logró desdibujar en su madurez todos los rastros de su juventud. En ellas encontramos ya una vocación inquebrantable y una lucidez que se antoja prematura, cuando pensamos que el Gaviero iniciaba apenas sus andanzas por ese submundo que siempre lo sedujo. Sin más preámbulos, dejemos que las palabras del Gaviero hablen por sí mismas:

Sin importar como caigan los dados, hay sólo dos modos de dejar la mesa: con los bolsillos llenos o con los bolsillos vacíos, y esa es toda la verdad.

Los hilos de los títeres están al alcance de quien se alce con ellos, y ceda cada articulación de su precario esqueleto al ballet de las figuras multicolores.

Abandona los barcos a la hora del naufragio, deja la cartografía, y recuerda siempre: las mujeres no mienten jamás.

Es mi deber, como cronista y transcriptor, señalar el posible origen apócrifo de, cuando menos, la última de estas tres sentencias; sólo el azar quiso que llegaran hasta mí, y el mismo albur pudo intervenir para colar entre las palabras del Gaviero, otras, milagrosamente salvadas así del inclemente olvido por la provincia de su vecindad con el ajado papelillo en el que Yoko había copiado las Iluminaciones del Gaviero.

Al cabo de dos días, en el recibidor del Loto Azul, tuvo lugar la reunión con la viuda de Cliquot y Johnny Walker, cuando se enfrentó el Gaviero por primera vez a la monumental figura de la viuda, hembra magnífica como sólo las islas del Caribe pueden producir.

— “*Vous existez donc pour de vrai!*”, exclamó ella, dirigiendo simultáneamente al Gaviero, un gesto perturbador, como comprobando los perfiles de su quijada con la mano.

Se sentaron en un rincón discreto al que Yoko, solícita y servicial como una *geisha* de pasos menudos y breves, llevó un Dry Martini para el Gaviero, un Oporto para la viuda y un Daiquiri sorpresa, especialidad de la casa, para el malayo que no tenía escrúpulos en experimentar nuevas sensaciones en lo que a especialidades de la casa se refería.

Johnny le dio a conocer los detalles de su plan, que sería financiado con el fajo de billetes que exhibió ante los ojos complacidos de todos los comensales. Era el producto de la venta de las esmeraldas, que Johnny había conseguido negociar con un traficante español de sólida reputación, conocido en el medio como *alias* Tío Pepe, hijo de un torero nacido en Casablanca que como tantos otros marroquíes cruzó el estrecho de Gibraltar para buscar fortuna en la Península Ibérica. El dinero alcanzaría no sólo para cubrir la comisión de Johnny, el alojamiento en el Loto Azul, y el costo de los documentos, sino quedaría un breve excedente para ir tirando hasta que se presentara una nueva peripecia. En Trípoli sería imposible conseguir un pasaporte o cualquier tipo de identificación. La situación del país no hacía las cosas fáciles para ellos. Pero en Chipre sería diferente. La dificultad estribaba en llegar allí y Johnny tenía una buena idea para lograrlo sin exponer demasiado el pellejo. Tampoco podrían embarcar en Trípoli, donde cada nave era sometida a las requisas más exhaustivas. Pero en Al-Batrûm, a pocos kilómetros de distancia, no tendrían problema. Podrían conseguir un pequeño pesquero, con un capitán de buena voluntad que los sacara del aprieto.

— “No será necesario. Enviaré un cable. Alguien nos estará esperando”, dijo el Gaviero, acordándose de un antiguo compañero de prisión con quien compartió los primeros días de libertad y extravío. Sin duda estaría en Beirut, donde residía su familia. Su nombre era Abdul Bashur, de profesión soñador de navíos; el Gaviero sabía que no le fallaría.

— “Entretanto, me quedaré aquí, si la patrona no desea otra cosa”, concluyó, dirigiéndose a la viuda, con una mirada cómplice a la par que admirativa. Un par de intervenciones de la mujer durante el discurso de Johnny habían bastado para que el Gaviero apreciara la aguda inteligencia práctica de la antillana.

— “*Vous aurez toujours un toit sous mon toit, chéri*”, replicó ella con galantería, repitiendo el gesto del principio, esta vez con un matiz de ternura y hospitalidad. Su nombre es Mac Phanton me han dicho. El Gaviero no supo si en este nombre había una intención sarcástica. La incomodidad que lo asaltó en ese momento enturbió su percepción, haciéndole imposible distinguir la burla de que era objeto. De cualquier modo, ya todas las chicas lo conocían como Mac Phanton. El daño ya era irreparable.

Esa noche, el Gaviero recibió la sinuosa visita de Yoko Ono. La chica que le cediera al marino su recámara, solía otorgarle también largas miradas lánguidas, que pasaban por la estrecha rendija de sus párpados sin revelar los misterios que hacían de Yoko una criatura tan especial. Ella se encontraba, por decirlo en una metáfora harto cara a nuestro héroe, *en la otra orilla*. Se sentó frente a él, sin palabras, contemplándolo desde una distancia insalvable, y permaneció muda, a pocos centímetros, por largos minutos, que se alargaban cada vez más. Cuando ya se deslizaba para abandonar el lugar, como si recordase de repente lo que en realidad era el auténtico móvil de su visita, se volvió hacia él, le entregó un suave fardo y sentenció:

— “Para el viaje”.

Luego desapareció por el párpado de la puerta entreabierta. Maqroll no volvería a verla hasta la noche del 16 de junio, cuando dejaría su encierro para abandonar Trípoli, ciudad nefanda que lo acosara a un exilio nuevo, total.

Entretanto, los días pasaron, como agujas y Maqroll repetía una y otra vez en el viejo proyector Kodak, la cinta milagrosamente hallada entre los trastos que guardaba la viuda de Cliquot, de *La Reina Margot*, en versión de Jean Cocteau. Se deleitaba repasando las imágenes de los cocteles y las intrigas entre la Reina Catalina y el joven e indescifrable Rey de Navarra, y reflexionaba inagotablemente sobre las armas secretas que destruían la falsa unión que hasta entonces se había mantenido entre católicos y protestantes, dando origen a la sangrienta y brumosa noche de San Barthélemy.

A las ocho de la noche del 16 de junio, los signos eran inciertos. En la habitación de alabastro y cal, el Gaviero esperaba la puesta en marcha de su plan, cuando se hizo presente Yoko, vestida de doradas sedas, con toques de azul y plata. Su rostro maquillado ofrecía un espectáculo de palidez extrema donde se destacaban las líneas enfáticas de los ojos, produciendo un efecto felino y dramático. En congelado silencio, Yoko miró el bulto satinado del que le hiciera entrega con anterioridad y sus ojos enrojecidos indicaron al Gaviero que debía explorar en sus profundidades. Desató los cordeles que sujetaban el envoltorio y desdobló metódicamente el kimono que sacó de su interior como si oficiara una ceremonia iniciática,

poseída por una solemnidad que no parecía en modo alguno desproporcionada. Por el contrario, sus gestos pausados daban al ambiente la gravedad que le correspondía, su lugar en el tiempo. Empezó a desnudar al Gaviero sin apartarle la mirada. El comenzaba a ostentar una erección apolínea, que para nada dejó incólume a la mujer. Yoko dejó caer hasta los pies su bata como un derrumbe de seda, y los dos se entregaron a una comunión fervorosa y absoluta. Al terminar su febril encuentro, Yoko, sin romper el silencio recalcitrante que servía de telón de fondo a su existencia, tomó el kimono que reposaba sobre las sábanas desordenadas y, como dando cauce al desarrollo del ritual que se hallaban protagonizando sin quererlo, envolvió al Gaviero entre sus suaves pliegues. Cuando concluyó había conseguido hacer de él una réplica casi idéntica de sí misma, salvadas las diferencias. Idénticas la máscara de polvo de arroz y el intrincado tejido del cabello falso.

Al verse en el espejo, el Gaviero sintió llegar la hora en que solía preguntarse: “¿Qué hago aquí?, ¿quién diablos me ha traído aquí?”. Eran las preguntas a las que siempre lo llevaba esa mezcla de hastío sin fondo y de vago miedo que lo asaltaba en situaciones semejantes. No esperaba respuesta alguna de ese rostro enajenado que lo miraba desde el azogue, de modo que, rendido, indicó a Yoko que se hallaba listo para partir. Al salir, el Gaviero y su amante se reunieron con las otras mujeres que se alojaban en el Loto Azul. Sus figuras se destacaban a la vez que se confundían en ese desfile de muslos morenos y recios, de nalgas rotundas y firmes y de vientres como pechos de paloma que abandonó el Loto Azul rumbo a Al-Batrûn, como lo exigía el plan preparado por Johnny para salir clandestinamente. En la puerta del Loto Azul los esperaba el transporte, un desvencijado cachivache maltratado por los innumerables años dedicados al servicio público y los embates implacables de la sal que había carcomido la latonería.

Con la mirada sumergida en las rocosas orillas de la carretera, el Gaviero entró en un estado de ensoñación lírica evocando la cálida presencia de Abdul, con quien no tardaría en reunirse. Con una ternura que la sonrisa irónica apenas ocultaba, pensó en la risa franca del amigo entrañable. A su lado, era impensable que algo saliera mal; aunque el destino travieso desviara momentáneamente sus miríficos proyectos del cauce previsto, al final la astucia del libanés, herencia milenaria de su raza, tornaba todo tan grato y llevadero como Alah podía conceder a sus hijos.

Las luces mortecinas de los faros delanteros del destartado vehículo iluminaban por instantes los avisos de la carretera: Zghartã, Amiûn, Zahlah, nombres que traían a la memoria del Gaviero otros nombres de ciudades lejanas: Ginebra, casi portuaria con su inmenso lago poblado de blancos cisnes, Trieste, sobre el mar Adriático, como un espejismo de argonauta a la deriva, puerto natal de esa italiana memorable, envuelta en sus *écharpes* de fina batista, compañera de proyectos locos y noches efervescentes de champagne y encaje de Brujas, cuyo nombre no tardaría en evocar sin duda en compañía de Bashur.